

ALFAGUARA

Manuel Longares

Nuestra epopeya



Aldea

El cazador sale al amanecer, cuando las alcobas conservan el calor del nido y los establos duermen. En el silencio de la hora, atraviesa la plaza del ayuntamiento con la escopeta al hombro y baja por la carretera que cruza la aldea, donde las chimeneas más diligentes tributan sacrificios de cocina.

Nadie encuentra a su paso, y sólo la furgoneta de Valladolid descarga el suministro en la tahona. Con la obsesión del olor dulce, el cazador rebasa la mole del casino, apuntalada por vigas, se interna por el desfiladero y en la rotonda del pilón sin agua descubre la ruina del convento de las monjas.

—Antes una pastelería que un convento —dice al esqueleto de su arquitectura.

Alcanza así las afueras, abiertas al descampado de Castilla, y a la claridad del alba recobra el paisaje de su niñez: el latifundio del indiano y el sendero de huertas y cereales, la olmeda, la cueva del herbolario, el molino de Damián y Asunta y el puente de piedra sobre el río donde se ahogó el pobrecito. En el horizonte, la cadena de montañas con su espuma de nubes.

Pedalea un ciclista por el arcén con la tartera en el transportín. Por el roce de las llantas sobre la arena identificaba el padre de Adela a los viajantes de comercio. Después de la guerra civil de 1936, esas bicicletas trasladaron a canteros y albañiles a las obras de la autopista y, en una decadencia ilustrativa de la frivolidad con que arraigó el progreso en rincones tan olvidados de Dios como éste, acabaron de distracción de los veraneantes.

—Toda la noche en blanco —el cazador se recuesta en un árbol—. Ya no lo aguanta el cuerpo.

Nace el día de otoño de 1986, estrenando el mundo. La brisa arras tra un redoble de campanas y el cazador busca el sonido a su espalda. Desde su perspectiva, las casas del

pueblo trepan hasta la torre parroquial divididas por la cicatriz de la carretera.

Por ella asciende cada semana el autobús de línea difundiendo su resonancia de asmático a la manera de las trompetas del juicio, como si fuese reclamando puerta por puerta a los supervivientes de nuestra epopeya.

Hace tantos años que ni los ancianos recuerdan haberlo oído, esta aldea ocupaba una posición estratégica en el mapa de la Península, ya que en ella se bifurcaba la ruta procedente de Madrid que, tras remontar la sierra de Guadarrama y las rectas de la meseta castellana, se desviaba a Galicia o se dirigía al Norte.

Esa servidumbre de tráfico determinaba su estructura, porque en vez de apiñarse en torno a la jerarquía de la iglesia como el ganado con su mayoral, ofreciendo el aspecto gregario, y quizá amurallado, de otras aldeas, se partía por la mitad, igual que un melón, para acoger a los viajeros por la herida practicada en sus entrañas.

—En este pueblo el forastero es primero —protestaban los miembros del casino—; y al paisano, por el ano.

Con más tolerancia afrontaban este inconveniente las beatas de misa diaria.

—Si penetran con buen fin —declaraban sin rubor—, crecemos y nos multiplicamos.

La población se repartió a ambos lados de la calzada y el que trataba de confraternizar arriesgaba la piel. Un peligro asumido por los vecinos con tanta altura de miras como falta de visión, pues preferían estar separados de los suyos por un vulgar carruaje —y triturados entre sus ruedas y rebozados por los excrementos de los animales del tiro— que envueltos en la carbonilla de un mercancías.

—Tiene alma de fogonero —decían las beatas del destinado a las calderas del infierno.

En la era de la revolución industrial, estos hidalgos —con su trigal o su renta y mucha apacible ignorancia en su mente heroica— estimaban saludable para su tren de vida la ca-

rencia de ferrocarril y no creían amenazado su bienestar porque desde la remota Corte unos ingenieros del Ministerio de Fomento, asociados a capitalistas de rumbo, les excluyesen de la red ferroviaria española.

—El humo es señal de civilización —oponían en el casino—. El futuro echa chispas.

Mas las beatas despreciaban ese invento con la ceguera de la fe:

—Es tan sucio que pasará de moda.

Ya en el siglo veinte, el sembrado de raíles que repoblaba Castilla de locomotoras de vapor y apeaderos con marquesina absorbió gran parte del comercio que circulaba por carretera, abocando a sus clientes a un desabastecimiento inexorable, aunque tan lento, que apenas inquietó a las beatas.

—Este mal no durará siempre —aseguraban a los que decidían emigrar—. En cambio, la naturaleza es eterna.

Marginada de las áreas de prosperidad promovidas por el ferrocarril, la aldea perdió importancia como nudo de comunicaciones y dejó de recaudar los ingresos de quienes se detenían en ella para arreglar una avería de su vehículo, evacuar en algún corral o endulzarse con la repostería de las monjas.

—El que no venga por este pueblo lo lamentará —desafiaban las beatas.

—Y lo pagaremos nosotros —respondían en el casino.

Disminuyeron los huéspedes de la fonda, unas familias se arruinaron y otras mudaron de actividad. Eran víctimas de la penuria que tras la contienda de 1936 —en que esta zona fue retaguardia y no campo de batalla— expulsó a los mozos del lugar a las ciudades españolas o del extranjero.

—¿Habéis ido al cementerio? —se chanceaban en el casino—. Ni muertos hay.

La construcción de la autopista del Noroeste satisfizo a los paladines de la meseta incontaminada y empleó a los disponibles. Mas con ella cayó en desuso la encrucijada que había dado lustre a la localidad —y luto a los parientes

de los atropellados por los coches que, ni aun así, renegaban de este medio de locomoción.

—Donde el demonio pone un tren —se empecinaban las beatas—, la hostia se mancha.

A cinco kilómetros de la desviación marcada en la autopista del Noroeste, en una ondulación del terreno que constituye una extravagancia —algo similar a un forúnculo— en la llanura de la meseta, se alza este poblado de un millar de habitantes.

—Para subir nuestra cuesta —es la frase socorrida— necesitas dos pulmones.

En la cima del repecho, ahí donde se bifurcaba la antigua carretera de Madrid tras haber introducido su cuña en el bloque de casonas, las campanadas de la parroquia despiertan al vecindario en esta mañana de otoño de 1986.

—Aquel cura —rememora el cazador— pelaba a golpes la nuca del monaguillo Cástor.

Sucedía hace cincuenta años. Cerca de la iglesia estaba la escuela del padre de Henar y, más abajo, la plaza del ayuntamiento con su cortejo de soportales. En el centro, la picota, donde saltaban a la comba Vega, Zarza y Raquelín; a un extremo, la casa de Acacio y, al otro, la tienda de sus primos Celi, Mauro y Adela.

—Melindres —chistaban al perro emboscado en las profundidades del establecimiento.

El edificio del casino todavía resiste, con las ventanas tapiadas, pero no el convento de las monjas pasteleras que se camuflaba detrás, en la rotonda del pilón vacío donde Jonás predicaba contra la gula y Sacri suplicaba morir entre infieles.

—En el puchero de los negritos —matizaba.

Desapareció la taberna de Visi, y la carbonería de Braulio se transformó en tahona.

—¿Y la fonda?

Se hallaba junto al casino. Ahí paraba el servicio de línea y Cande, con su mínimo rebaño de ovejas, sacaba la lengua

al turista. El deterioro de la fachada desfigura lo que fue pabellón de castigo durante la guerra civil de 1936.

—Ya no alberga personas —informaban los instruidos—. Sólo víboras y ratones.

—Si te propones descansar —ratificaban las beatas—, no consigues pegar ojo.

Cesan las campanadas, y su eco se prolonga por los dominios del indiano, la olmeda y el entorno del río, donde murió el infeliz.

—Aquí se cortó la coleta la tonadillera Luchini Berbén —anunciaban los eruditos.

—Aquí se respira pureza —y las aldeanas sorteaban el escape del autobús de línea.

Estos méritos no desviaban de su trayectoria a los excursionistas del románico castellano.

—Al cabo de medio siglo —el cazador enciende un pitillo—, nada de lo que se recuerda vive.

Una iglesia de piedra tostada con su reloj y su sombrero de cigüeñas, una olmeda rodeada por un río manso y una picota caída en desgracia, pues no la regaba la sangre del hereje sino el orín de los perros, eran las glorias del pueblo cuando el cazador lo conoció, en los años treinta del siglo veinte.

—Una aldea de postal —resume en esta mañana de 1986—. Tranquila, pobre y contenta de su simpleza.

Destacaba también esa industria de la confitería que tan esquivada se mostraba con el que se desplazaba desde cualquier municipio de España, Portugal o América, atraído por su renombre. Porque tras recorrer Castilla en una camioneta abarrotada de aves de corral y pernoctar en posadas con chinches y escaldarse con ollas y empedrados que desencadenaban colitis crueles, cuando vislumbraba el fin de su viaje e incluso se chupaba los dedos al imaginar los productos de aquel emporio del gusto, veía retrasado su anhelo y el término de su expedición por las maniobras que ejecutaba el chófer en la majestuosa avenida principal de la al-

dea para no arrollar a los que organizaban la tertulia delante de sus casas y se resistían a interrumpir su coloquio, levantarse de la silla y ceder la calle al vehículo.

—¡Gira! ¡Endereza! ¡Arrea! —orientaba al conductor el ayudante espontáneo.

Superado ese obstáculo, el viajero desembarcaba en el apeadero de la fonda convencido de que su odisea tendría recompensa. Y al encaminarse a su objetivo de prisa —ya que la parada del autobús era breve—, desbarraba en aquella tierra de promisión, peor que un ciego sin lazarillo, por la endiablada ubicación de ese convento donde, a través del torno que ejercía de celestina entre el cenobio y los fieles, las religiosas despachaban sus labores.

—Es precio fijo más la voluntad —y la calderilla caía en la cunita del Niño Jesús.

Unas labores cuyos secretos de fabricación se transmitían en la clausura desde la época del Santo Oficio, cuando los condenados por sentencia regia a la picota de la plaza, antes de ser pasto del verdugo y para irse de esta vida con buen sabor de boca, solicitaban esos hojaldres a los que un suspiro desmoronaba su arabesco, esas yemas con olor a santidad, los mazapanes del Gólgota, las filigranas del rosario, los badajos de canónigo, las obleas de la bruja pava, los rijosos canutillos con su corona de crema o esos empiñonados melifluos que por sus repercusiones en la dentadura del consumidor se fabricaban de año y vez, en la conmemoración de la Virgen de agosto.

—¡Nuestro obispo se relame! —ensalzaban las beatas cuando no las oía el párroco, celoso de las esposas de Cristo.

—Al indiano le aburren —rumoreaban en el casino—, pero su gente se sacia.

Muchos de los que intentaban localizar esa artesanía de las monjas se extraviaban por los terraplenes y desmontes de las inmediaciones sin haber encontrado la fisura, casi una rendija, que a un tiro de piedra de donde aparcaba el autobús de línea se abría entre la fonda y el caserón anejo.

—Es un callejón tan angosto —enfaticaban los socios del casino— que el gordo adelgaza y la embarazada aborta.

Pero lo que criticaban esos satanases significaba para las beatas el peaje de la virtud.

—Sólo quien sufre estrecheces gana el cielo —insistían.

Y acertaban, porque el que traspasaba ese purgatorio —de perfil y prácticamente emparedado por sus asfixiantes tabiques— accedía al paraíso del goloso en aquella glorieta sin árboles y con un pilón seco donde Sacri imploraba la palma del martirio cristiano y Jonás aconsejaba al transeúnte:

—Elogia el dulce, pero no lo cates. Lo mismo que Mambona el mudo.

La clausura lindaba con el casino —pues en aquel pueblo las ideologías opuestas tenían sedes contiguas— e impresionaba su solidez de cárcel. Mas se borraba ese efecto cuando las religiosas rezaban a coro porque, a semejanza del trino del canario enjaulado, su mensaje salvaba los muros de su fortaleza y, prendido del aire, se colaba con afán apostólico en el reducto de los impíos.

—*Domine in adjuvandum me festina* —modulaban las esclavas del Señor.

Sobre esa música celestial, los descreídos encabalgaban una estrofa laica:

—Soria pura, cabeza de Extremadura.

Y algunos de los que pretendían regalarse el paladar en el recinto sacro seguían tan extasiados el contrapunto de voces blancas y negras que regresaban a la camioneta cuando terminaba la audición sin haber probado las delicias de las monjas, pero empalagados como si lo hubieran hecho.

Más allá del convento, frente al latifundio del indiano, las ruedas de los carros y las pisadas crearon una vía paralela a la carretera, entre los cultivos de cereal y huerta, que el cazador frecuentó de pequeño junto al tipo del que contaban fantasías en el casino y en la parroquia.

—Grumete —le decía.

Y ese niño evocado por el cazador en esta mañana de 1986 recogía con aquel hombre la flor medicinal.

—Anarquía es salud —le oía decir cuando bebía más de la cuenta.

—Y la enfermedad, dinero —completaba la tabernera Visi, anotando su deuda en una pizarra.

Parecía un vagabundo y le llamaban mangante, pero no robaba ni pedía limosna. Dormía en la cueva próxima al molino de Damián y Asunta y lo mismo en verano que en invierno vestía una blusa raída con un pañuelo encarnado al cuello bajo la cortina de barbas de estopa que le tapaba el pecho y con el pantalón pescador sobre unas alpargatas sin calcetines.

—Fornica con el lucero del alba —denunciaban las beatas—. Por eso va como Adán.

—Es un sabio majareta que desdeña protocolos —disculpaban en el casino.

El herbolario acudía al latifundio con remedios contra las dislocaciones o el reuma y el administrador Pedroche le recibía con una deferencia que los maliciosos del casino achacaban a su relevancia en el contrabando y las castas beatas, a la tercería erótica.

—Es honrado para el matute —opinaban en el casino—. Pero no de alcahuete.

—Las mujeres que proporciona —avisaban las beatas— están pochadas y reparadas.

En una de estas visitas, el herbolario coincidió con ese niño de cuatro años al que compadecían los trabajadores del latifundio por ser hijo de soltera y haberse criado en la compañía de zarzuela y revista de su madre, Luchini Berbén.

—Peor educación, imposible —se escandalizaban las beatas—: Con bailes macabeos.

—Su madre era seductora —ponderaban en el casino—. Y le vino Dios a ver.

Comenzaba el año 1931. El crío estaba sentado a la lumbre de la cocina, demasiado dócil para su edad. La esposa

del administrador Pedroche lo vigilaba mientras cosía. El herbolario fue hacia él y dobló las rodillas para ponerse a su altura.

—Grumete —le dijo.

Y del bolsillo de la blusa sacó el trébol de la suerte, que cobijó en su manita.

—Inocente —susurró la esposa del administrador Pedroche—. Te mereces mejor padre.

Un mulato locuaz había trasladado al latifundio en el automóvil del indiano a Luchini Berbén y su hijo desde la pensión vallisoletana donde se alojaban los actores que representaban *La gatita blanca* y otras obras disolventes por capitales y pueblos de Castilla la Vieja.

—*Soy una gatita blanca / que al quererla acariciar...*

Luchini Berbén se consagró con esta copla que el indiano recitó de bienvenida. Con el sombrero en el entrecejo y el cigarro en el labio, el dueño de aquel terreno y de casi toda la comarca sonrió a la mujer, pero no al niño.

—Mientras estuve con él —reconoce el cazador—, ni vi su cara ni me habló.

Por amor a ese indiano —que le doblaba la edad y había prometido tapizarla con billetes del Banco de España si lo aceptaba en matrimonio—, Luchini Berbén, que tanta avena loca cosechó en tierras de pan llevar con las picardías de *La corte de faraón*, abandonaba su carrera artística y su séquito de liviandades y, como acontece en estos procesos, se distanciaba de su hijo.

—Angelito —decía de él para situarlo en el espacio.

Por orden del administrador Pedroche, durante su estancia en el latifundio la madre se hospedó en la residencia del indiano y el chico, en el pabellón de la servidumbre, como si fuera familiar de un criado que debiera reponerse de una enfermedad.

—¿Dónde está mamá? —preguntaba los primeros días a la esposa del administrador.

La mujer se asomaba a los ojos grandes del crío y le tiraba de las orejas.

—En el cine la verás —le contestaba.

Juguete de los campesinos, el niño creció entre cerdos y cabras. La madre venía por las noches a su cama con la fragancia del sueño. Por las tardes le besaba en la mejilla antes de pasear por la olmeda en el carruaje de caballos nerviosos. En el fondo del asiento se agazapaba el indiano, que evitaba relacionarse con el hijo de la tonadillera para que las beatas no le atribuyeran su paternidad. En el pescante, un tipo más muerto que vivo tensaba la fusta y, a modo de latigazo, emitía por su boca desdentada:

—¿Cuál es el colmo de la col?

Espantados de la proposición arrancaban los caballos envolviendo en su polvareda a la berlina.

—Mentira podrida —descalificó Adela anoche—. Mientes más que el Bizco en su carro.

Y su intemperancia alteró la armonía de la cena entre el cazador y los dos primos en la cocina de Adela, encima del almacén donde Sisinio vendía a las beatas estambre o azafrán.

—Tú con la edad disparatas —continuó Adela—. ¿Desde cuándo los caballos entienden de adivinanzas?

Sisinio apoyaba la riña de su prima con semblante hosco, como si obligara al cazador a retractarse.

—En este pueblo no ocurrían esas cosas —añadió Adela—. Te lo inventas de pe a pa.

Receloso de las infidelidades de la memoria, el cazador se calló. Por un rato murmuró la lumbre —enroscada sobre la parrilla con chuletas de cordero— hasta que le asedió Sisinio:

—¿El cochero siempre decía lo mismo?

El cazador respondió con una evasiva:

—La voz del cochero movía a los caballos, y yo pude inventarme la letra.

Por huertas y trigales galopaba el carruaje en el limpio atardecer de Castilla y a medida que se alejaba del latifun-

dio sosegaba su trote. La mula del contrabando, de temperamento patético, resoplaba por su ausencia.

—Constanza —y en esta mañana de otoño el cazador la recuerda de corazón blando y cabeza dura.

Era el latifundio del indiano la primera extensión de los contornos y la menos fértil, ya que el dueño la tenía sin labrar en un gesto de arrogancia.

—La tierra sólo da desdenes —decía a su administrador Pedroche—. Es tontería mimarla.

En aquella explanada salpicada de encinas, dos pabellones para animales y siervos escoltaban el edificio señorial, encalado como los cortijos andaluces.

—Eso ya lo sabemos —se impacientó ayer Adela—. Está a dos pasos de aquí...

En él habitaba el responsable de aquella incuria, un indiano que volvió rico de las colonias americanas, y al que se mencionaba con el respeto derivado de su fortuna y la dificultad de asignarle un rostro, algo que excitaba la curiosidad de las gentes pues no se lo habían echado a la cara ni para el saludo de a la paz de Dios.

—Tampoco vemos a Nuestro Señor y está en todo —argumentaban las beatas al retirar la suma que el administrador del indiano depositaba los viernes sobre la peana de san Antonio, a la izquierda del altar mayor de la parroquia.

—No debe importarnos su pinta sino su renta —recomendaban en el casino.

Y sostenían que, al contacto con esa limosna, el santo de Padua practicaba finos bailes de salón, no ya por agradecer el obsequio, sino para prevenir las varices.

—Pasodoble y fox con preferencia —detalló el cazador—. Y por saudade, el fado.

La estampa de la escayola danzando en su plataforma por prescripción facultativa desconcertó a los primos.

—No nos tomas en serio —Adela se enfadó con el cazador—. ¿Dónde hay estatuas que bailen?

Ante la fascinación de aquel niño, el santo alzaba el borde del hábito con una mano y sujetaba con la otra la corona para que no rodara con el zapateado.

—En la iglesia de este pueblo, por ejemplo —reaccionó el cazador—. Tan cierto como que te veo ahora.

Y citó de testigos del portento al monaguillo Cástor y a la postulanta Sacri.

—Échales un galgo a éstos —menospreció Adela—. Emigrantes sin retorno.

Desazonado por las palabras del cazador, Sisinio medía a zancadas las baldosas de la cocina.

—Las beatas dicen que san Antonio nunca está quieto —objetó a su prima—. En cuanto se lo permite el culto, va de un lado a otro para recuperar lo que pierden sus fieles.

Adela escuchaba con resignación a Sisinio, que rastreaba la huella del santo por los rincones.

—En aquellos años —prosiguió el cazador— era más fácil ver a san Antonio que al indiano.

De ahí que, a falta de retrato, los aldeanos le identificaran por sus alardes: la berlina de dos caballos que al mando de la momia sin dientes partía todas las tardes de excursión por las afueras; y el automóvil del piloto mulato con el que el indiano peregrinaba por los teatros de la provincia en las fiestas de guardar a la celeridad de su ansia por la carne de vicetiple.

—Volando va, volando viene —se maravillaban las beatas ante los remolinos—. Igualito que el arcángel mensajero.

—Es el rey del putiferio —chismorreaban en el casino—. Le empalman las rellenitas.

De él constaba, pues, el inmovilizado de sus hectáreas y esa ráfaga suscitada por sus desplazamientos que desquiciaba a los pasmados. Modelo de disimulo, se le suponía en tránsito incesante o en descanso eterno. No asistía a la misa del cura celoso, sino al convento de clausura, no alteraba con los cazadores en los soportales de la plaza, no intervenía en los debates del ayuntamiento, nunca pisó el casino ni rezó en la fiesta de la Virgen y no se le conocían parientes ni alivios de su soltería.

—Pero a un caballero de su posición —se santiguaban las beatas— siempre le calientan la cama.

Por ello le endosaban varias novias y un bastardo de la raza con la que debió de confraternizar en Cuba, al que internaban en un colegio de París o Londres para explicarse que no hubiera aparecido por las posesiones que iba a heredar. Mas en el casino desconfiaban de que un cacique como el indiano, que no se preocupaba de sembrar su suelo, se interesara en cultivar a su hijo, e imaginaban al mozo puliéndose el fondo de reptiles en los reservados del Madrid canalla de entreguerras con botellas de champán y descaradas de aúpa.

—¿Qué lega un señorito a la humanidad, sino ma los ejemplos? —se interrogaban en el casino.

—Una confesión general de sus pecados *in articulo mortis* —rebatían las beatas.

Todos aludían al descendiente del indiano, pero ni juzgados ni consulados ni parroquias documentaban su existencia. Adela y Sisinio se lo garantizaron al cazador anoche, mientras la lumbre doraba la parrilla con las chuletas de lechal:

—Con un padre invisible —dedujeron—, el hijo es un fantasma.

Todavía en el otoño de 1930, ya con la monarquía de Alfonso XIII en el alero, en la sala del casino débilmente calentada por la leña de Braulio coleaba la polémica sobre la predilección del indiano por las desvergonzadas sin ropa que actuaban en los escenarios de Castilla la Vieja procedentes del Madrid risueño y, algunas, hasta de París.

—Preciosidades de porcelana —secreteaban los sibilinos—, con cutis de plata y caderas de perfidia.

—Aspiradoras seminales —exaltaban los visionarios—, de vanguardias astifinas y popas salerosas.

Mas la estrella que llegó al latifundio en las Navidades de 1930 desde una modesta pensión vallisoletana no era la frívola que adoraban sus devotos. Porque Luchini Berbén,